

La Lectura



Popular



FUERA JUDÍAS!

Bien dice el refrán, que el hombre propone y Dios dispone.

Nosotros habíamos salido de la casa, y nos proponíamos naturalmente hacer ejercicio, divertirnos y matar perdices.

Pero Dios había dispuesto que no matáramos ninguna, y las nubes, dóciles al mandato del Criador del mundo, se encargaron de hacernos cumplir su voluntad altísima.

Apenas habíamos llegado al cazadero, cuando comenzó ya á llover un poco. Nos resistimos á ver si paraba; pero, lejos de parar, la lluvia fué engordando, engordando cada vez más, y no hubo otro remedio que abandonar el campo ya calados.

Cuando entrábamos en casa del anciano cura de Santa Olaya, yo de mi recuerdo que iba hecho una sopa.

El venerable sacerdote, á quien solo uno de mis compañeros conocía, nos facilitó ropas con que mudarnos mientras se enjugaba la nuestra, nos dió de comer, y como la lluvia continuó hasta el otro día, nos entretuvo toda la tarde y toda la noche dándonos consejos y lecciones que sacaba del abundante almacén de su experiencia.

Sabía de todo y nos habló de todo, desde la caza hasta la teología; y aun me parece que estoy viendo su noble figura, y recuerdo especialmente la fé con que nos ponderaba la eterna desdicha de los pueblos que pretenden curarse de sus males con molines y revoluciones.

—Es de todos los tiempos—nos decía—la inclinación á rebelarse; está en la naturaleza humana, viciada y corrompida por el pecado de nuestros primeros padres, que fueron los primeros rebeldes en la tierra, instigados por el demonio, el rebelde de las alturas; pero hay que convenir en que, por rara maravilla, producen una vez las rebeldías y conjuraciones resultado favorable á los conjurados.

Me acuerdo á este propósito de una sublevación en que yo tomé parte á los catorce años.

Fué una sublevación terrible.

Era yo colegial en León, y todas las noches nos daban de cenar habichuelas, á las que los colegiales antiguos habían dado en llamar con el odioso mote de *judías*, que la Academia, en su perpetua falta de discreción, ha tomado por nombre propio.

Se habían cogido muchas en aquel año y andaban muy baratas, circunstancia que pesaba demasiado en las resoluciones del

mayordomo del colegio.

Las *judías* estaban buenas, es verdad; pero nos fastidiaban por varias razones: la primera y principal, porque los superiores querían que las comiéramos.

Nos quejábamos en particular al profesor que, por turno presidía el refectorio; hoy un colegial, mañana tres, al otro día siete, todos sin resultado.

Después de diez y quince y veinte quejas particulares, á la noche siguiente habichue-las sin falta.

Nos confabuláramos, nos pusimos de acuerdo, y una noche hicimos el sacrificio... ¡que vaya si lo es entre los trece y los veinte años! Hicimos el sacrificio de quedarnos todos sin cenar, dejando intactos los platos de *judías* sobre la mesa.

El resultado... no llegó á saberse á punto fijo; pero los mayores, como más capeados, aventuraron la idea de que el mayordomo había mandado al cocinero reservar aquellas *judías* para el día siguiente, y que al día siguiente habíamos cenado aquellas mismas *judías* trasnochadas.

Era preciso tomar una resolución más enérgica, y se tomó efectivamente. El fuego de la conjuración prendió en todos aquellos inflamables corazones, y tres días después, al llegar la hora de la cena, no bien se nos había servido el manjar de costumbre, cuando al grito resuelto y poderoso ¡Fuera *judías*! ciento diez platos de alubias volaron por el aire y cayeron al suelo hechos pedazos, después de haberse estrellado contra el techo ó contra las paredes del refectorio.

Éramos ciento diez colegiales, y todos habíamos tirado los platos, formando un verdadero lodazal de *judías* sobre los ladrillos del pavimento.

¿Habíamos conseguido el triunfo?

El catedrático presidente de la cena quedó escandalizado y dió parte al Rector en seguida.

El Rector, por de pronto, nos condenó á dormir, ó mejor dicho, á no dormir, con la incertidumbre de su resolución y de nuestra suerte.

Al siguiente día muy de mañana nos hizo reunir, y formados en fila, dispuso quintarnos.

Todos aquellos á quienes tocó el número 5, fuimos expulsados inmediatamente.

Digo que fuimos, porque yo fui uno de los veintidós que recibimos la orden de marcharnos á nuestras casas.

Arreglé mi baúl con ese orgullo propio de los vencidos en defensa de una causa justa, encargué á un compañero que me le remi-

tiera por el ordinario, y me puse en camino.

Mi pueblo dista cinco leguas de la capital; y unos ratos á pie y otros andando, llegué á casa después de obscurecido, cuando mis padres y mis hermanos iban á cenar y estaban sentándose á la mesa.

Mis padres eran unos labradores mucho más ricos en nobleza y en virtudes cristianas que en bienes de fortuna.

Lo digo para que comprendan ustedes que no vivían con lujo.

Ni aun hubieran podido buenamente pagar mi pensión de colegial; y si yo seguía la carrera eclesiástica en el Seminario, era porque había obtenido por oposición una beca.

—¿Qué es eso?—dijo mi padre alarmado viéndome entrar. —¿Cómo por aquí? ¿Qué pasa?

Yo no sabía qué decir y apenas acerté á murmurar cuatro palabras incoherentes, por las que el autor de mis días comprendió que había sido expulsado del colegio con algunos otros.

—¿Que os han expulsado?—dijo con acentuada severidad. —¿Por qué? ¿Qué habéis hecho?.... En fin, siéntate y cena si tienes gana, que luego hablaremos.

Obedecí temblando y me senté á la mesa, dispuesto á cenar, á pesar del disgusto, porque como había hecho tanto ejercicio y no había comido en todo el día, tenía mucha hambre.

Dos minutos después, una de mis hermanas había puesto la cena sobre la mesa.

—¿Y saben ustedes lo que íbamos á cenar?

Judías.

Una gran fuente de *judías* mas pobremente condimentadas que las que nos daban en el colegio, pero que, así y todo, aquella noche me supieron á gloria.

Es la historia de la pobre humanidad degradada gritar: ¡fuera *judías*! y comer *judías* cada vez peores.....

He visto después otros muchos motines contra las *judías*—continuaba el venerable anciano,—les he visto triunfar, y siempre he visto las *judías* á la vuelta del triunfo.

He visto á los pueblos sublevarse contra los reyes, y al grito de ¡fuera *judías*! arrojarlos á la emigración ó llevarlos al cadalso.

Pero donde quiera que he visto desaparecer un rey verdadero, padre del pueblo, he visto levantarse un déspota ó una pandilla de quinientos tiranuelos erigida en autoridad soberana.

He visto que un día se incomodó la gente contra las judías de los privilegios, y comenzó á gritar: ¡fuera privilegios! ó ¡fuera judías!... es lo mismo.

Y en efecto, quedó anulada la aristocracia de la sangre, quedaron abolidos los privilegios de la nobleza, de la religión, de la ancianidad, del valor, de la virtud y del saber.

Pero al día siguiente reaparecieron las judías mucho peores que antes.

Es decir, que surgió la más insolente de las aristocracias, la de la riqueza, surgió el más repugnante de los privilegios, el del dinero, y otro peor, si cabe, que el del dinero, el de la desvergüenza...

Los hijos de los nobles no estaban sujetos al servicio militar ni los alumnos de los seminarios, ni los novicios de las órdenes monásticas.

¡Fuera judías! gritó la muchedumbre amotinada.

Y quedaron sujetos al servicio militar los hijos de los nobles, y los novicios y los seminaristas; pero quedaron exentos los hijos de los ricos. De modo que antes, en su antiguo régimen, pesaba el servicio militar obligatorio sobre los plebeyos, sobre aquellos cuyos ascendientes no constaba que hubieran prestado servicios á la patria, y ahora pesa exclusivamente sobre los que no tienen seis ú ocho mil reales de sobra, es decir, sobre los que no han esquilado á la patria...

Antes había fueros especiales. La persona aforada que por casualidad ó por imprudencia cometía un acto penado por las leyes, iba á confundirse con los criminales de profesión en inmundos calabozos.

¡Fuera judías!—exclamó el pobre pueblo entusiasmado:

Y á este mágico grito, que se tradujo por igualdad ante la ley, se consumó la más horrible de las desigualdades; los hombres honrados que tuvieron la desgracia de delinquir, fueron á mezclarse en la cárcel con los alumnos más sobresalientes de la escuela del crimen.

Pero las judías existieron con otra salsa: quedaron fuera de la cárcel los criminales ricos, los que pudieron dar como fianza diez ó veinte mil reales. ¿Y quién les quita luego huir del castigo perdiéndolos?

Antes había inmunidades de que gozaban las personas que por los difíciles y trabajosos caminos antiguos habían llegado á cierta dignidad elevada.

¡Fuera judías! gritó el pueblo engañado por los sofistas.

Y aquellas inmunidades desaparecieron.

Pero en seguida volvieron las judías de la inmunidad á favor de los que tienen bastante dinero ó bastante influencia para hacerse senadores ó diputados, y se ven así los tribunales detenidos á cada paso en la persecución del delito.

Al mismo grito de ¡fuera judías! repetido en innumerables motines, se suprimió la contribución de consumos.

Pero reaparecieron en seguida las judías

en forma de capitación ó de cédulas personales; y á la vuelta de unos pocos años nos encontramos con las primeras judías y con las otras, con los consumos y las cédulas.

¡Cuánto no se gritó también en otro tiempo contra las judías de las manos muertas!

¡Fuera judías! ¡Fuera judías!

Y en efecto, se *desamortizaron* los bienes eclesiásticos y los bienes de los pueblos; dejaron todos de pertenecer á sus antiguos y legítimos dueños, en cuyas manos eran patrimonio y remedio de los pobres.

Pero pasaron á amortizarse en las manos de cuatro usureros sin conciencia y sin corazón, que en seguida cuadruplicaron el tipo de la renta y esquilmaron y dejaron por puertas á los colonos.

Al mismo grito de ¡fuera judías! se han levantado contra la Religión turbas excitadas por la sofisteria liberal, negando los dogmas, las profecías y los milagros.

Pero esas mismas turbas que, por no creer en dogmas, en profecías, ni en milagros, han sacudido el yugo suave de la fé católica, han creído toda clase de supersticiones, han ido á consultar el porvenir con una gitana y han caído de rodillas ante un magnetizador de plazuela.

Y sin embargo de todos estos ejemplos tan palpables—terminaba el venerable sacerdote—es bien seguro que la pobre humanidad, apartada de los caminos de Dios, seguirá amotinándose á cada triquete y gritando entusiasmada ¡fuera judías!

Yo era el más joven de la partida: tenía dieciocho años, y confieso que me parecían un poco pesimistas las reflexiones del cura.

Pero andando el tiempo, que ciertamente ha andado mucho desde entonces, observando los sucesos y estudiando la vida de los pueblos, cuántas veces me he acordado de las judías y he reconocido la razón que tenía aquel santo hombre que nos reparó las averías de la caza!

ANTONIO DE VALBUENA.

PENSAMIENTOS

¿Qué es lo que produce entre los hombres pensamientos más profundos y sentimientos más hondos? ¿Es acaso la ciencia, son acaso los intereses, los negocios, incluso los nobles y trascendentales de la gobernación de los pueblos? ¿Son acaso los propios afectos y pasiones? No; lo que labra más hondo el corazón humano son sin duda alguna las penas, y por esto seguramente es providencial el padecer tanto en este mundo.

Toda transformación profunda de la vida humana, se hace por medio de el amor. Para transformar á un hombre, ¿qué es menester ante todo? Mudar su corazón. El corazón es el centro de la vida; quien se lleva el corazón, se lleva toda la vida. Y así como esto sucede con el individuo, ocurre también con

la humanidad entera. Poned el amor cristiano en el corazón de los hombres y tendréis una humanidad nueva.

Una casa en que no se reza no puede permanecer mucho tiempo en la prosperidad ni persistir estable mucho tiempo.

Cierto que no se derrumbarán materialmente los muros; pero lo que se *desmoronará*, lo que desaparecerá imperceptiblemente es el *alma* y la *vida* de aquella casa, lo que convierte esas paredes, naturalmente frías, en abrigado y repuestro nido donde se mora á gusto, donde el tiempo se pasa gratamente, donde se está como *en su centro*, es la unión, la ternura, el apoyo, el sacrificio, esa suma de actos de delicadeza que suministra encanto aun á la vida más llena de trabajos.

Si las piedras se mantienen unidas, no es sino por el cemento, así como la oración es por lo que las almas y los corazones permanecen adheridos; la oración es el cemento, sin el cual no hay unión verdadera, ni amor alguno hay, por abnegado y sincero que sea, al que no puedan llegar la monotonía, el cansancio y el disgusto que la vida trae consigo.

¡Ah, no, pobres corazones que tanto os amais y que tan sinceramente decís: *siempre nos amaremos*, no os amareis mucho tiempo, sino á condición de que *uno y otro oireis, y al mismo tiempo los dos!*

Un padre y una madre decían cierta vez á un sacerdote á quien llevaban uno de sus hijos para que le bendijese:

«Ya hace cerca de once años que vivimos juntos, y aunque ha habido entre nosotros, por desgracia, más de una discusión, algunos disgustos y no una sola nube sombría en torno de nuestros corazones, lo cierto es que *nunca hemos permanecido discordes más de un día*. Nos hizo usted que le prometíamos rezar juntos todas las noches una breve plegaria, y como no hemos faltado á la promesa, entonces era, en ese instante en que el silencio de lo de afuera pone en lo interior algún reposo, cuando en presencia de nuestro Crucifijo, uno y otro impulsados por un sentimiento á todas luces divino, *nos mirábamos, conmovidos y acabábamos siempre por comprendernos.*»

(Semana Católica.)

¡ARRIBA! ¡ARRIBA!

Eleva el pensamiento á lo infinito, Levanta á Dios el vuelo.

Que si acudes con fé, serás bendito Tu reino será el cielo.

No te detengan dichas terrenales Que pasan, como el viento.

Que solo de los goces mundanales Queda remordimiento.

Trinidad Pérez Sanchez

LA VERDAD ES AMARGA

—(0)—

—¡Hay, mamá del alma mía!
Vengo de hablar con Manuel.

—¿Y qué?

—He reñido con él.

—Por alguna tontería.

—Me ha faltado, y no hay perdón;
ya le odio, ya no le quiero.

—¿Por qué?

—Porque es un grosero
sin pizca de educación,
un pillo, un desvergonzado,
y ya no le puedo ver.

—Pero explícate mujer,
sepamos lo que ha pasado.

—El quiso que le dijera
los defectos que tenía.

Yo le dije que creía

que era un poco calavera,
que era antipático al pronto.

—Mujer, eso nunca agrada.

—Pues no; sin decirme nada,
se echó á reír como un tonto.

—Mejor, si no se enfadó.

—Y yo entonces, por saber,
le dije: «Vamos á ver,
¿qué defectos tengo yo?»

El me respondió: «Ninguno.»

Yo respondí: «Nada, nada,
Yo, como niña mimada,
tengo que tener alguno.»

A lo cual me respondió:

«No los tienes para mí.»

«Pues yo te digo que sí.»

«Pues yo te digo que no.»

«Vamos á ver, ¿me dirás
que no soy algo coqueta
y tengo algo de indiscreta?»

«Un poquito nada más.»

«¿Y que no soy manirrota?»

«Eso, vamos, lo sospecho.»

«¿No bizco el ojo derecho?»

«Sí, pero apenas se nota.»

Ya ves si tengo razones
hartas de haberme ofendido,
puesto que él ha convenido
en que tengo imperfecciones.

—Si dijiste que dijera
la verdad, ¿por qué te afliges?

—Es que yo solo lo dije
para que me desmintiera.

J. E.

UN JUICIO DE... SALOMON

Ó SOLOMILLO; ES IGUAL

Hecho de autos:—En una noche lóbrega,
y en que, sin embargo, no llovía, el acusado
Puñal se metió tripa adentro, ligado arriba,
por la region del tórax y ventrículo derecho
del corazón, hasta salir por junto á la clavi-
cula dondó tropezó, y cayó al suelo, al pro-
pio tiempo que el individuo por cuyo cuer-
po habia hecho esta excursion nocturna.

El Presidente.—Tiene algo que decir ó
rectificar el señor Puñal de Albacete?

El Puñal no contesta una palabra.

El Presidente.—Reconózcase al criminal.

Dos armeros lo examinan y declaran que
es de una sola hoja, como las barajas; que
tiene dos filos, punta agudísima, y en una
de las caras se lee: ¡Viva la anarquía! y en
la otra: ¡Sin Dios y sin amo!...

El Presidente.—Pueden ustedes retirarse.
Agita despues la campanilla, se presenta
un ugiar, y le dice:

—Que traigan á los demás acusados.

Al momento entran en la sala, custodiados
por la Guardia civil, Pulgar, Índice, Del co-
razón, Anular y Meñique; total, cinco... de-
dos. Los cinco son mudos, pero por ellos
contesta uno de sus procuradores.

El Presidente.—¿Cómo ayudó usted, Pul-
gar, á la comision del delito de que se trata?

El Procurador.—Tanto este dedo como
los otros cuatro fueron movidos por sus res-
pectivos flexores, los cuales hicieron empu-
ñar á la mano entera el fatídico instrumento
que acaba de examinarse.

El Presidente.—Luego el Puñal por su
inscripcion, y la mano por su accion, son
los verdaderos criminales.

Uno de los defensores.—Señor Presidente
el verdadero culpable es Brazo, que fué el
que impulsó la mano.

El defensor de Brazo.—Todo cuerpo se
compone de cabeza, tronco y extremidades,
y, por consiguiente, sin piernas y sin tronco
no hubiera podido dirigirse el Brazo al sitio
dónde se encontraba el interfecto.

El defensor de Meñique.—¡Bien hablado!
Y, sobre todo, ¿quién culpa á los miembros
cuando estos no se mueven sinó á impulsos
del gran motor, esto es, de la cabeza que
piensa y dirige las acciones?...

El Presidente.—Cállese usted la boca, so-
simplaina. O somos, ó no somos liberales.
¿No hemos quedado en que el delito cometi-
do debe ser castigado, pero no la teoria que
á él conduce?

(Murmillos en la sala.)

El Presidente.—Silencio, ó sale todo el
público á la calle. Los señores del Jurado
van á reunirse, y yo les conmino á que, con
la mano sobre sus conciencias, respondan á
las tres preguntas siguientes: ¿Es ó no cier-
to que el Puñal desgarró las visceras y pro-
dujo la muerte instantánea del interfecto?
¿Debe pagar el Puñal, reduciéndole á pol-
vo? La cabeza ¿puede ser responsable de crí-
men tan horrendo?

El Jurado se retira á deliberar, y media
hora despues vuelve á la sala, presentandó
las respuestas siguientes:

A la primera pregunta, sí; á la segunda, sí;
á la tercera, no.

El tribunal de derecho se retira para sen-
tenciar, y á poco entra de nuevo en la sala.

SENTENCIA

El Puñal será destruido por los armeros,
reduciéndose á menudo polvo impalpable.

A los cinco dedos, que constituyen una ma-

no, se le condena á ser cortada, quemada y
aventada sus cenizas.

La CABEZA PENSANTE puede salir por esas
calles y plazas libre y sin costas, con mucha
honra y fantasía, discurriendo nuevos ex-
plosivos, nuevas máquinas infernales; nue-
vos complots, nuevas catástrofes; así como
podrá ocuparse libremente en la fundación
de nuevos periódicos anarquistas, en los que
publique artículos furibundos contra Dios,
la propiedad, la burguesía, la destrucción de
todo lo existente, y hasta cante en verso he-
roico las excelencias del puñal, del veneno,
del incendio y de cuanta salvajada es ca-
paz la fiera hombre, mucho peor que las que
pueblan los bosques. Atajar en su camino á
estas inteligencias privilegiadas y sublimes,
seria el ataque más injusto á sus derechos
imprescriptibles, inalienables é intangibles,
que están por encima de la salud, de la hon-
ra y de la vida del mundo entero.

* * *

El hecho parecerá ridículamente mostruo-
so, y, sin embargo, es tristisimamente cier-
to; porque con ese criterio y sobre esa base
se asienta, se levanta y se empina, hasta to-
car las nubes, la gran ley justísima de las
libertades modernas, conquista la más pre-
ciada, la más sublime y la más benefibiosa
que conocieron los siglos anteriores y poste-
riores al Diluvio, y que hoy, fin de siglo, for-
man el encanto, la alegría y la dicha de la
humanidad!!!...

Doliente y reventante. Estamos conformes.

(El Adalid.)

El árbol y su raiz.

El Cura párroco de Libaros, en Francia,
predicó dias pasados un sermón demonstan-
do la necesidad de la religion en la sociedad.

Hizo ver al mismo tiempo que todos los
crimen es anarquistas son el fruto de la irre-
ligión y del ateismo.

En apoyo de su tesis citó al impío Voltaire,
quien contestando á un amigo, dijo una vez:

«Hace cincuenta años que trato de pro-
barme á mi mismo que no hay infierno, y no
lo puedo conseguir. Si no hay infierno, no
hay cielo; si no hay cielo, no hay Dios; y si
no hay Dios, yo puedo matar á mi padre y
á mi madre para gozar más pronto de sus
bienes; y esto es absurdo.»

Estas frases de Voltaire encierran toda la
filosofía de la historia del anarquismo.

Si no hay cielo, ni infierno, ni alma, ni
Dios, ni nada más que esta vida, he de pro-
curar pasarla lo mejor que pueda, aunque
para ello tenga que acabar con el mundo en-
tero. He aquí la sintesis de la anarquía bro-
tando de la impiedad como el árbol brota de
su raiz. Y, sin embargo, el liberalismo estú-
pido y ciego, erre que erre en su empeño de
acabar con el árbol de la anarquía, dejando
intacta la raiz de la impiedad.

¡Hasta cuando, oh salvajes modernos, es-
tareis dando martirio al sentido comun!

Una fortuna en un chaleco.

RELATO EDIFICANTE

Hay personas que vienen al mundo, como suele decirse, de pie, y una de ellas es el capitán R. C. Baker, comandante que fué del vapor *Nicttheroy*, que figuró en la última guerra naval del Brasil. El capitán, que vive en el número 69 de Montague Street (Nueva-York), llevó á un sastre que vive enfrente de su casa, un chaleco para que lo limpiase y planchase. Al examinar el sastre los bolsillos del chaleco para ver si necesitaban componerse, encontró en uno de ellos la suma de 9.400 pesos.

M. Brown, que es el nombre del sastre, corrió sin perder tiempo á la casa de Mr. Baker y entregó á su señora la cantidad que había encontrado en el bolsillo del chaleco de su marido. Apenas había entrado de vuelta en su sastrería el honrado M. Bown cuando se abrió la puerta de la tienda y se precipitó más que llegó, pálido, despavorido y cubierta la frente de un sudor frío el capitán.

—No se apure usted—dijo sonriendo el sastre—la señora de usted tiene aquello.

El capitán dió una palmada en el hombro al sastre y salió de la tienda á todo correr en dirección á su casa mientras M. Bown continuó limpiando el chaleco.

LA PLUMA

¡Pluma, cuando considero los agravios y mercedes, el bien y el mal que tu puedes causar en el mundo entero; que un rasgo tuyo severo puede matar á un tirano, y que otro, torpe ó liviano, manchar puede un alma pura, me estremezco de pavora al alargarte la mano!

Adelardo Lopez de Ayala.

Proverbio oriental.

En la creación,—dicen los orientales,— hay diez cosas con superioridad unas á otras;

- 1.º Las montañas.
 - 2.º El hierro que las desmonta.
 - 3.º El fuego que funde el hierro.
 - 4.º El agua que apaga el fuego.
 - 5.º Las nubes que absorben el agua.
 - 6.º El viento que arrastra las nubes.
 - 7.º El hombre que desafía y doma el viento.
 - 8.º El vino que aturde al hombre.
 - 9.º El sueño que disipa los efectos del vino.
 10. La tristeza que destruye el sueño.
- Hablando en cristiano, puede añadirse: La esperanza en Dios; que destruye la tristeza.

Enseñanzas regias.

«Habiendo observado el rey Alfonso de

Aragón que sus pajes no rezaban ni antes ni despues de comer, invitó á un mendigo, á quien previno lo que debía hacer. El mendigo comió y bebió hasta saciarse y se fué sin dar gracias al rey. Los pajes se sorprendieron y pensaron que el rey castigaría ó reprendería al mendigo, pero no fué así. El rey cayó. Entonces los pajes le dijeron: «¡Qué grosero, qué canalla!» Y el rey severamente les contestó: «Hasta hoy habeis sido tan ingratos y groseros como ese mendigo. Todos los dias, sin pedirlo, os mantiene el Padre celestial y no le dais las gracias; avergonzaos de vuestra ingratitud!»

¡Cuántos cristianos hacen, por desgracia, otro tanto, y ni aun caen en la cuenta de su culpable y miserable conducta!

A LA ASUNCION DE LA VIRGEN

Al cielo vais, Señora,
Y allá os reciben con alegre canto;
¡Oh, quién pudiera agora
Asirse á vuestro manto,
Para súbir con vos al monte santo!
De ángeles sois llevada,
De quien servida sois desde la cuna;
De estrellas coronada:
¡Tal Reina habrá ninguna,
Pues por chapin llevais la blanca luna!
Volved los blandos ojos,
Ave preciosa, sola, humilde y nueva,
Al val de los abrojos,
Que tales flores lleva,
Do suspirando están los hijos de Eva;
Que si con clara vista
Mirais las tristes almas de este suelo,
Con propiedad no vista
Las subireis de vuelo,
Como perfecta piedra imán, al cielo,

Fr. Luis de Leon.

GRANDES VERDADES

La muerte no es noche, sino aurora. Esperarla á pie firme es la mayor victoria de la vida.

La calumnia es el que va mas de prisa de todos los viajeros del mundo.

Hay dos mundos; en uno apenas estamos algun tiempo y del cual hemos de salir para no volver más. El otro viene presto y entramos en él para no salir nunca. El favor, la autoridad, los amigos, la reputación, las riquezas, sirven para el primero; el desprecio de las cosas mundanas y la virtud sirven para el otro. Es preciso escoger.

Todo se ha perdido en una sociedad, en

que sirven los malos de ejemplo y de risa los buenos.

El mejor de los hombres es el que hace mas bien á sus semejantes.

Para el cristiano hay siempre dulzura y placer en medio de los dolores.

El deseo de no tener freno para las pasiones y la vanidad de no pensar como la multitud han hecho muchos más incrédulos que los sofismas, si es que merecen el nombre de incrédulos esa multitud de impíos que quieren parecerlo. (*D. Alembert.*)

Yo quisiera encontrar un hombre justo, sobrio, casto, moderado, que negara la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, pero un hombre tal no se encuentra. (*Rousseau.*)

Tened vuestra alma en tal estado que pueda siempre desear que haya Dios, y no dudareis jamás de esta verdad. (*Id.*)



CUENTOS, ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS DE BUEN HUMOR

originales de

D. ADOLFO CLAVARANA

Acaba de salir á luz el tomo 4.º preciosamente ilustrado por D. ANTONIO UTRILLO.

Precio una peseta.—Los pedidos á la administracion de LA LECTURA POPULAR acompañados de su importe y del certificado si se desea.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. Se manda distribuir por las aldeas huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las librerías católicas.

Imp de LA LECTURA POPULAR.